

primeros años, huyendo del mundo y retirándose al desierto, sufrir con la mayor resignacion la calumnia y perdonar á los que trataban de hacerle víctima de un activo veneno, y si por último, le observamos trabajando con incansable celo en la fundacion de sus monasterios, y estendiendo con su regla y sus apostólicos trabajos la refulgente luz de la civilizacion, no podremos menos de convenir en que el intrépido fundador y propagador del monacato en Occidente fué el reformador de su siglo y un maestro consumado de la perfeccion cristiana.

Señor: que el glorioso Santo objeto de los presentes cultos, siquiera sea en recompensa del noble ejemplo de piedad cristiana que dá V. M. á los españoles viniendo á confundirse con el pueblo, ante el trono de la Magestad divina, proteja al que en la tierra ocupa vuestra augusta Esposa, y alcance las bendiciones del cielo, para nuestra católica reina, para V. M. y el augusto Príncipe de Asturias y toda la real familia: á fin de que esta nacion modelo en todo tiempo de catolicismo y envidia que ha sido de las demas naciones, por la grandeza y el poderío de sus monarcas, por el valor de sus soldados, por lo próspero de su comercio y lo feraz de su suelo, vuelva á elevarse al grado de grandeza y poderío que le corresponde.

Caballeros: que no sea para vosotros una letra muerta la regla de San Benito. En ella si la observais, encontrareis el secreto de ser felices en vuestros respectivos estados. Plegue al Omnipotente que conociendo todos, nuestros verdaderos intereses, trabajemos en la obra de nuestra santificacion, medio único de ser dichosos en el tiempo, y mas dichosos en las mansiones de la eternidad. *He dicho.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.

Cantando al órgano Cecilia, exclamaba: Haz, Señor, mi corazón inmaculado para que no sea confundido.

Antif. de Laud. del oficio de hoy.

Ilustre Asociacion de profesores músicos: Si deseosos de estudiar la historia de la humanidad, y de averiguar el origen de las luchas continuas que vienen agitando sus destinos, tomamos en nuestras manos el libro de la verdad eterna, la carta de Dios á los hombres, la Biblia Santa, no podremos menos de fijar nuestra atencion en el delicioso Edem, morada destinada por el Hacedor Supremo para habitacion y recreo del que formara á su imágen y semejanza. Entre los frondosos arbustos que adornaran aquel lugar de peregrina hermosura, destacaba uno que era el árbol de la ciencia del bien y del

(1) Predicado á la ilustre Asociacion de profesores músicos en la parroquia de S. Ginés de Madrid, año de 1861.

mal. ¡Qué fruto tan amargo para la infeliz humanidad el que brotara!... Una mujer, la primera madre de todos los vivientes, débil, flaca y miserable, pues que dejándose seducir, se convirtió á la vez en seductora, estendió su mano para satisfacer un deseo, firmando al mismo tiempo con su desobediencia al precepto de Jehová la escritura de la maldición del mundo.

No busqueis ya, señores, otro oríjen á tantas aberraciones del entendimiento, á tantas veleidades del corazón, á tan estragados caprichos de la fantasía. La humanidad se multiplica, se estiende por todas partes, y esta numerosa familia, cuyo patrimonio es el dolor, y cuyo pan remoja con sus lágrimas, sufre bajo el peso del divino anatema que lanzara el labio Omnipotente en el lugar de la transgresion primitiva. La dilatada época del paganismo nos presenta á los hombres, como despojados voluntariamente de su razon, puesto que desconociendo al verdadero Dios, que solo era adorado en un rincón del mundo, divinizaban las criaturas, y doblaban la rodilla hasta á los objetos fabricados por sus manos: en todas partes encontraban dioses, porque como dice oportunamente el sábio obispo de Meaux. «En el paganismo todo fué Dios, menos el Dios verdadero.» ¿Y qué papel representaba entonces la mujer? Leed la historia de los Emperadores romanos, leed los anales de la Grecia, y la vereis degradada hasta la saciedad, arrastrando en pos de su desenvoltura y sensualidad á los filósofos, á los guerreros, y á los mas egregios varones, encadenados por sus caprichos. Cleopatra, y la inicua Agripina, madre del inhumano Neron, la primera haciendo perecer un imperio en Egipto por su corrupcion, y la segunda siendo el escándalo

de Roma, si Roma entonces centro de todos los errores, hubiese sido capaz de escandalizarse, son el retrato de otra multitud de mujeres, de la mayor parte de las mujeres de aquellos tiempos que no conocian el pudor, ni virtud alguna. Aparte de sus triunfos por sus escesos no ejercian influencia alguna en la sociedad, y el hombre podia arrojarla de su lado, como cosa inútil cuando llegaba á astiarle.

Tan triste y lamentable estado no habia de durar para siempre: la humanidad habia de variar su rumbo: la mujer habia de cambiar su destino. Y fué así, verificándose este cambio radical, cuando en la cresta del Calvario, se verificó la reparacion prometida en el Paraiso. Lo que parecia mas flaco y mas débil estaba destinado á ser fuerte como las duras rocas: una mujer desobediente y soberbia habia introducido en el mundo la muerte, y otra mujer llena de humildad y de obediencia nos produjo divinamente fecundizada al que vino del cielo para darnos la salud y la vida. Era la purísima María que mereciendo ser Madre de Dios por un privilegio del poder del Espíritu Santo, fué constituida tambien, madre de los humanos por otro privilegio del amor de Jesucristo. La ignorancia de la Cruz confundió la ciencia toda del paganismo, y el sacrosanto leño vino á elevarse sobre los escombros de los altares de la idolatría. La religion del Gólgatha civilizó al mundo, y rehabilitó á la mujer, que en adelante habia de dejarse ver, ejemplo admirable de virtud, de abnegacion y de fortaleza. María fué el primer eslabon, digámoslo así, de esa innumerable cohorte de vírgenes esforzadas, que desde la promulgacion de la ley de gracia, vienen siendo el asombro de los siglos, la admiracion

de los sábios, el ornato del santuario, la gala del catolicismo, en una palabra, espectáculos dignos de admiracion al mundo, á los ángeles y á los hombres. La fé se alienta, y la caridad inflama el corazon, cuando contemplando al cristianismo en sus primeros siglos, observamos una falange de inocentes doncellas, que despreciando al mundo por ganar á Jesucristo, se dirigen á los martirios revestidas de singular fortaleza, y despreciando cuantas ofertas le hicieran los tiranos porque renegasen de la fé del Crucificado.

Entre estas cándidas palomas, ocupa un lugar distinguido vuestra esclarecida Patrona Santa Cecilia, á la que en prueba del amor que la profesais y para implorar su proteccion, dedicais estos solemnes cultos. Dios que la adornó de un candor inmaculado, y de una virtud á toda prueba, quiso concederle tambien una fortaleza extraordinaria, para que con ella confundiese la altanería y soberbia del prefecto de Roma su implacable verdugo.

Justo es, señores, que pulseis en este dia vuestros instrumentos músicos, haciendo resonar sus armoniosos ecos bajo las bóvedas del santurrio; para celebrar las glorias de la ilustre Vírgen y mártir Santa Cecilia, que cantando al eco del órgano, y puesto su corazon en Dios, exclamaba: «Concededme Señor que mi corazon se conserve inmaculado, á fin de que no sea confundida.» *Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: Fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.*

Ojalá me fuese dado en esta mañana satisfacer vuestra justa aceptacion, al formar el panegírico de vuestra esclarecida Patrona; empero haré cuanto me

sea posible, presentándola como un prodigio de santidad, y como un prodigio de fortaleza. Efectos admirables de la gracia, que conseguirá por su oracion continua y fervorosa: *Fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.*

Imploremos ante todo la proteccion del Señor, por la mediacion poderosa de la inmaculada Reina de las Vírgenes. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Apenas la religion del Crucificado empezó á anunciarse á las naciones: cuando aun estaba fresca la divina sangre que tiñera la cúspide del Gólgota, y que fuera vertida por la salud del mundo, dió principio una terrible lucha que llenó el cielo de mártires. El paganismo que veia desmenuzarse sus ídolos llamaba estupidez á la ciencia del Calvario, y se propuso en su loco orgullo, concluir con el nombre cristiano, haciendo desaparecer de la faz de la tierra, á todos los que negándose á doblar las rodillas ante las deidades del imperio, reconociesen por Dios y adorasen al que habia muerto en el pátibulo de los criminales. Y fueron tantos sus esfuerzos y de tales y tan crueles medios se valieron para conseguir su objeto, que el cristianismo hubiese sido sofocado en su misma cuna á no haber sido obra de Dios. Pero lo era, señores, lo era, y por esto las persecuciones de los primeros siglos, como todas las que ha venido experimentando hasta nuestros dias, solo habian de servirle para aumentar el número de sus triunfos, y que el mundo todo pudiera conocer el origen divino de la religion civilizadora.

No podemos menos de llenarnos de admiracion al leer la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Millares de héroes llenos de virtud y fortaleza, sin otra ciencia que la sabiduría del Evangelio, confiesan y anuncian sin temor la religion verdadera aun en los mismos alcázares de los emperadores, sin temor á sus amenazas. En vano se les quiere obligar á quemar incienso ante los falsos dioses dándoles á escoger entre la apostasía ó el martirio. ¡El martirio!... No anhelaban otra cosa que teñir con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero. Y no eran tan solamente hombres esforzados y tal vez acostumbrados á los trabajos ó á las luchas bélicas. Eran tambien inocentes doncellas en cuyos corazones ardia la llama del amor divino: á través de una atmósfera envenenada por los mas groseros errores, eran rosas de singular fragancia á las que no podian herir las espinas de la maledicencia: almas cándidas y puras que conociendo cuan estimable era el tesoro de la fé que profesaban, conservaban intactas la blanca estola de la inocencia, y gustosas en entregar su vida por el Dios á quien amaban, cual los niños de Babilonia, entonaban cánticos de alabanza en medio de los mas crueles martirios.

En esta historia, señores, que podemos llamar con razon historia de los grandes triunfos de la fé cristiana, ocupa un lugar distinguido la esclarecida vírgen y mártir Santa Cecilia, de la que hemos dicho que fué un prodigio de santidad y un prodigio de fortaleza. Para convencernos de lo primero, bástanos contemplar sus virtudes y sus grandes esfuerzos por conservar su pureza, no obstante su matrimonio. Para probar lo segundo, será suficiente observar la

tranquilidad de su alma, y su alegría en el martirio.

Y desde luego, Cecilia, hija de una ilustre familia romana, se vió rodeada desde su nacimiento de la mayor grandeza, y los bienes de fortuna le mecieron desde sus primeros dias. Apenas la luz de la razon empezó á disipar de su entendimiento las tinieblas de la ignorancia en que todos nacemos envueltos, empezó á subir la hermosa escala de las virtudes cristianas. Conocer á Dios y amarle, fué todo una cosa. Instruirse en los misterios de nuestra religion santa y adorable, y determinar ser siempre para Jesucristo consagrándole su virginidad, fueron dos cosas inmediatamente seguidas. Las grandezas del mundo no le deslumbraron, ni la opulencia de su casa y familia pudieron despertar en ella el orgullo ni la vanidad. Enorgullézanse en buen hora al recuerdo de sus grandezas terrenas, y llénense de vanidad al leer sus antiguos pergaminos aquellos hombres que olvidados de la eternidad, tan solo ven el dia presente: aquellos que se forman la vana ilusion de que pueden rodearse de felicidad en el mundo en que habitamos. Los héroes de la religion, que tanto distan de los héroes del mundo, ven la cosa bajo otro prisma, y piensan de diverso modo. Miran las grandezas de la tierra, y ven que son falsas y que se disipan como el humo: las coronas de rosas que la sociedad les brinda y observan que se marchitan con velocidad: contemplan la vida humana, y ven que es un soplo comparada con la eternidad. Ved por qué miran con desden lo que los otros aman con delirio. Aspiran á la felicidad, pero saben que la felicidad está en los cielos, y que solo en la posesion de Dios puede el hombre ser verdaderamente dichoso. ¿Cómo ha de halagar

sus corazones el fausto y la grandeza de la tierra, cuando en ella se consideran meros transeuntes y tan solo suspiran por la patria que es el cielo? Decidle si no á los justos: «alegraos, tomad parte en los festines mundanales;» y prontamente os contestarán como los israelitas cuando lloraban ausentes de su patria: «¿Cómo hemos de alegrarnos en tierra agena? Péguenos la lengua al paladar si nos olvidásemos de nuestra Sion amada.»

Así pensaba nuestra ilustre Vírgen: cual otro Pablo miraba con desprecio las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, único objeto que podia saciar su noble y puro corazon. Si os llama la atencion un David, entonando al son del arpa sus admirables salmos, contemplad á Cecilia embebida, digámoslo así, en Dios, y suplicándole en bellos cánticos acompañados del órgano, que le concediese su divina gracia, y que hiciese su corazon inmaculado, para lograr de este modo la dicha porque suspiraba, que era verle y adorarle por siempre en la mansion de los escogidos: *Cantantibus organis Cœcilia Domino decantabat, dicens: Fiat cor meum inmaculatum, ut non confundar.*

¿Y cómo no habia de subir al Cielo en olor de suavidad la fervorosa oracion de la virtuosa doncella? ¿Cómo no habia de hacerse agradable á aquel Dios que tanto ama la pureza de los corazones? Pero, señores, el justo, nos dicen las sagradas letras, debe probarse por la tribulacion, y Cecilia no fué dispensada de esta regla comun de la Providencia. Tribulacion y de gran tamaño fué para ella la determinacion de sus padres de que abrazase el estado del matrimonio. Hija obediente no se atreve á contrariar los preceptos de los autores de su vida; empero fiel á la promesa que

hiciera consagrando á Jesucristo su virginidad, no queria tampoco ceder de su propósito. El que tiene fé, ha dicho el Señor, trasladará los montes de una á otra parte. La fé de Cecilia, es viva, es eficaz, es verdadera, por que vá unida con su caridad. Postrada en la presencia de Dios le demanda su proteccion poniéndose en sus manos, y se levanta llena de confianza, con esa confianza que acompaña siempre en sus empresas á las almas verdaderamente cristianas. Entretanto llega el dia señalado, en que debian verificarse los desposorios de la ilustre doncella. Valeriano que era el destinado á recibir su mano, está lleno de júbilo, porque la modestia y raras cualidades de Cecilia realzaban su natural belleza, y ella se presenta si bien cubierta con galas y adornos exteriores, como correspondia á su elevada clase y al lustre de su familia, ceñidos ásperos cilicios sobre sus delicadas carnes, y mientras los asistentes al festín escuchaban los ecos de la música, ella tenia su pensamiento fijo en Dios. y en su interior repetia: *Fiat cor meum inmaculatum ut non confundar.*

No sabia ciertamente Valeriano, que aquella ilustre y hermosa doncella era el instrumento de que se valia el Eterno para que abriese sus ojos á la clara y refulgente luz de la verdad evangélica, que mas tarde habia de sellar con su sangre. ¡Cuán incomprensibles son los juicios de Dios é investigables sus caminos!

En efecto, señores, en el dia de sus desposorios, Cecilia dirigia fervorosa plegaria á Jesucristo, suplicándole la gracia de que ni su corazon ni su cuerpo perdiesen jamás ni una mínima parte de su entereza, y llena de confianza hizo saber al que ya era su es-